

Estaba en la sala viendo la televisión cuando el reloj interrumpió con once campanadas. Fueron once sonidos similares y bastante pronunciados, que me indicaban que era la hora de irse a la cama y es que por otra parte no estaba viendo nada interesante. Apagué el aparato, bebí un vaso de agua y me introduje entre las sábanas. Cerré los ojos y no tarde en caer dormido. Fue una noche extraña ya que tuve un sueño diferente se los que había tenido anteriormente. No sé porque pero de una forma muy curiosa soñaba que era una molécula de agua de un río y a través de lo que sentimos los humanos en la vida iba atribuyéndole sensaciones de este tipo a lo largo de su recorrido.

Recuerdo que comenzaba de esta manera:

En un principio éramos pocas como yo, pero no tardamos en incrementar nuestro número. Procedíamos de distintos lugares según me pude informar. Unas veníamos de agua de lluvia, otras de deshielo y otras cuantas de aguas subterráneas. Viendo el panorama no entendíamos el porqué habíamos coincidido todas de esta manera tan repentina pero pronto nos hicimos a la idea de que no era una simple coincidencia pues detrás de mí no dejaba de venir gente. Circulábamos por un cauce no muy ancho, la temperatura era fresca e íbamos bastante deprisa. Ocurrió que la velocidad de nuestro trayecto se incrementó en poco tiempo y de una forma brusca porque el terreno por el que discurríamos tenía mayor pendiente. “Aquello parecía una carrera de caballos”, nos golpeábamos unas a otras y las de atrás empujaban con mucha fuerza. Por otra parte sentía cosquillas ya que mi cuerpo rozaba continuamente con pequeñas piedras, cantos, o cualquier otro tipo de material que me iba encontrando por el camino y que no podía esquivar porque la velocidad era desenfrenada. De vez en cuando echaba la vista arriba y veía numerosos árboles y plantas que tenía la impresión de que estaban ahí por algo, la sensación que me daba es como si nos estuviesen protegiendo, pero no le di mayor importancia.

De repente, el camino se hizo más ancho y la velocidad aminoró. Creo que la cuesta había terminado y ya no íbamos tan lanzadas, la pendiente aunque no desaparecía no era tan grande. Aproveché el momento para dirigir mi mirada a mí alrededor y pude observar que éramos muchas más de las que habíamos comenzado el recorrido y lo que más me llamaba la atención es que no cesaba de acrecentarse ese número, parece como si tuviésemos que desempeñar algún tipo de misión. Volví a mirar hacia delante, y a mi izquierda pude ver una pareja de ciervos que bebían de nosotros y hacían sus

necesidades encima de nuestras cabezas. Yo, en ese momento estornudé tres veces seguidas, aquellas sustancias no eran nada saludables, me costaba respirar un poco más y creo que un virus se había agenciado en mi cuerpo. Suerte que ese momento de crisis pasó enseguida. A medida que nos alejábamos de aquellos seres, el ambiente iba cobrando su normalidad hasta que un hecho me llamó la atención. Hasta ese momento tanto en un lado como en otro del cauce por el que caminábamos había estado ocupado por árboles. En este caso en uno de los costados no aparecía ninguno de éstos, eran sustituidos por unos terrenos en los que había cultivos y estos daban la sensación de pertenecer a una gran casa que se encontraba más adelante. Todo esto me daba muy mala espina y, en efecto, mis malas impresiones se hicieron patentes. Empecé a encontrarme mal de nuevo, sin embargo ahora me dolía la cabeza y mi cuerpo se iba debilitando poco a poco. En situación similar se encontraban todas mis compañeras y se corría la voz de que todo esto era como consecuencia de que había entre nosotras unos agentes contaminantes procedentes del exterior, el nombre de estos no lo entendí muy bien, creo que se hacían llamar pesticidas o insecticidas. No obstante, lo que sí tenía claro es que el culpable de las circunstancias fueron aquellos terrenos de cultivo que pasamos hace un poco.

El dolor de cabeza persistía y mi cuerpo seguía debilitándose, aun y todo tenía la esperanza de recuperarme y me tranquilizaba el pensar que estos iban a ser los peores momentos de todo el recorrido. Sin embargo me equivoqué, las casas y los cultivos se sucedían con mayor frecuencia y los contaminantes eran más numerosos entre nosotras. A mí cada vez me costaba respirar más y mi situación era cada vez más crítica, quería echar marcha atrás pero no podía, quería volver aquellos instantes del principio en los que fluíamos con gran rapidez pero creo que eso era imposible. Mientras en mi cabeza daban vueltas todos estos deseos el ritmo se ralentizó aun más. La pendiente había disminuido de una forma considerable y los materiales que hasta esos momentos habíamos transportado cayeron al fondo. El camino se ensanchó y ahora parecíamos un ejército de unidades limitadas. Éramos un montón, lo que ocurre es que todas íbamos bastante decaídas, pues nuestros cuerpos no se encontraban en su mejor estado, “caminábamos con más pena que gloria”.

Cuando parecía que no podía sucedernos nada peor, ocurrió un altercado que echó por tierra aquella afirmación. A lo lejos pude divisar en el aire, una nube de humo

negro que no dejaba de expandirse. La causante de ésta eran las chimeneas de unas construcciones que no cesaban de producir esta cortina de color oscuro. Alrededor de éstas, aparecían infinidad de casas, viviendas o comercios, y por un sendero de color negro no hacían más que circular vehículos de todas clases. La verdad era, de que no había que ser muy listo para deducir que aquel panorama iba a repercutir negativamente sobre nosotras, y así sucedió. El primer cambio importante se produjo cuando comenzamos a circular por un terreno desconocido hasta este momento por nosotras, llamado hormigón e hizo que la temperatura subiese exageradamente en un tiempo mínimo. Pero lo más desagradable y problemático fue cuando comenzaron a aparecer sustancias tóxicas procedentes de tuberías. Éstas hacían cambiarnos de color, producían malos olores y generaban una vegetación extraña. Por otra parte nos íbamos encontrando con todo tipo de objetos y basuras. La situación era delicada, no solamente para mí, sino para todas las de mi alrededor. Me faltaba oxígeno para respirar, tenía creo, todos los síntomas de todas las enfermedades que conocía y lo peor de todo es que aquello no parecía acabar nunca. En mi destino estaba escrito que tenía que pasar por esto y que no podía eludirme, así que decidí afrontar el presente con valentía aunque estuviese hecha un “asco”. La idea de la muerte rondaba por mi cabeza pero algo me daba fuerza para continuar el trayecto, quizás el mero hecho de cual sería el final del mismo.

En esos momentos el despertador hizo acto de presencia, me sacó del sueño y me trajo a la realidad. Eran las siete y comenzaba un nuevo día. A la vez que mis ojos se acostumbraban a la claridad en algún lugar de mi mente debía de encontrarse el final del sueño, yo me limitaba a pensar que en un futuro se desvelaría pero me di cuenta nuevamente, de que las situación de los ríos en el mundo era verdaderamente alarmante y es que no hacía falta soñar para observar las consecuencias de los graves impactos ecológicos que estamos produciendo continuamente sobre ellos.

Óscar Sancho Hernández

1º Bachillerato

Ibailde 2000

